

## ACTO SEGUNDO

---

Sala modesta en casa de Andrés.

### ESCENA PRIMERA

Doña VICENTA y don ANTONIO

ANTONIO

¿A quién escribes?

VICENTA

Al Padre Víctor.

ANTONIO

¿Ocurre algo? ¿Crees necesaria su intervención?

VICENTA

Ocurre... ocurre... ¿Pero tú no lo ves? ¿No comprendes que nuestra hija acabará por enterarse de todo, que enfermará de nuevo, que Andrés hace todo lo posible para que así suceda? Como si lo deseara, eso es, como si lo deseara.

ANTONIO

¡Mujer! No hay motivo para pensar así. Que Andrés anda preocupado estos días, que sale y entra de conti-

nuo, que se encierra en su cuarto sin querer hablar con nadie; yo sé la causa, y es muy natural: la chiquilla ha estado muy malita, creían que se moría; ya está fuera de peligro; lo sé por el médico que la asiste. No era otra la causa de la inquietud de Andrés.

VICENTA

¡Y lo dices tan tranquilo! Como si esa causa no existiera siempre; como si en fuerza de traernos acá un día y otro las impresiones, buenas ó malas, de allá, nuestra hija no concluyera al fin por comprender que más le valiera haberse muerto ó no volver nunca á esta casa...

ANTONIO

¡Mujer! ¡Mujer!

VICENTA

¡Qué hombres! ¡Qué hombres! Esos son los buenos, los cristianos, los educados en el temor de Dios... ¡Nunca lo hubiera creído de Andrés!

ANTONIO

Yo lo hubiera creído siempre. Cinco años ni casado, ni viudo, ni soltero... La realidad es la realidad.

VICENTA

¡Calla, calla! Hablas como un hombre sin creencias.

ANTONIO

Yo no pongo en duda ningún precepto divino, lo que pongo en duda es la virtud de los humanos para cumplirlos.

VICENTA

Eso quiere decir que tú le disculpas, que te juzgas capaz de haber hecho lo mismo.

ANTONIO

Yo no, mujer. Yo soy creyente por temperamento. Si hubiera tenido la desgracia de nacer en Turquía, hubiera sido allí tan buen mahometano, como aquí buen católico. Pero es cuestión de carácter. Andrés... Andrés... no es como yo, apasionado, vehemente, alma de apóstol, pronta al combate... Esos caracteres no maduran para la santidad hasta los cuarenta ó cincuenta años... Pero le quisisteis tan perfecto... y lo será... Sin duda que cuando Dios le ha dejado un tanto de su mano, solo ha sido por advertirle y lograr al fin mayor gloria de su arrepentimiento... Pero entretanto nosotros, miseros mortales, quizás hubiéramos preferido en nuestro egoísmo á un hombre con algo más de mundo, de la cáscara amarga, como suele decirse, que hubiera sabido distraerse cautamente en aventurillas sin importancia, sin revestir de tanta gravedad una sola, que debió ser un pecadillo sin enojosas consecuencias.

VICENTA

No hables así. No es posible que sientas lo que dices. O te burlas ó quieres probarme. ¿Tú crees que yo solo mido la gravedad de la falta por la gravedad de las consecuencias?

ANTONIO

Ya se ve que no. La falta sería la misma; pero conengamos en que para nuestra tranquilidad, y la de nuestra hija sobre todo, si no existiera esa criatura, como

si nada hubiera pasado. Respetemos los designios de Dios; pero ésta, ésta seguramente no se desgracia como la otra.

VICENTA

¡Nos libre Dios de los malos pensamientos! Déjame concluir esta carta.

## ESCENA II

Dichos y PETRA

PETRA

¡Señora! ¡Señora!

VICENTA

¿Qué ocurre?

PETRA

No se asuste.

ANTONIO

¿Qué pasa?

PETRA

Miraba si venía la señorita.

VICENTA

¡Mujer! ¡Por la Virgen Santa!

PETRA

No se asuste. Pero como me tienen ustedes dicho que si noto algo en la señorita no deje de avisarles...

ANTONIO

Y... vamos, acaba.

PETRA

Pues esta mañana, la señorita se hartó de llorar encerrada en su cuarto.

VICENTA

¡Ay, Dios mío! ¡Ves, lo que yo temía!

ANTONIO

¡Mujer! No es raro; es muy natural que flore... hay recuerdos...

PETRA

Y ahora me llamó con mucho secreto y me dió esta carta para el Padre Víctor; me dijo que la llevara en seguida.

VICENTA

(Cogiendo la carta.) ¡A ver, á ver!

ANTONIO

No vayas á abrirla; si algo contiene que revele el menor peligro para la salud de nuestra hija, el Padre Víctor no tardará en advertírnoslo. Ni una palabra, y lleva esa carta.

VICENTA

¿Y nada más te ha dicho la señorita? ¿No te ha preguntado nada más en estos días?

PETRA

¿Preguntar? Pregunta tanto, pregunta siempre. Todo lo que ha pasado en estos años quisiera saberlo día por día.

VICENTA

Pero tú...

PETRA

¡Qué van á decirme! Yo no sé nada; los cinco años pasaron como un día; todos muy tristes, el señorito más que todos; ya la dije: cuantas veces entraba en su cuarto le veía delante de dos retratos, el de la señorita y el de la niña.

VICENTA

¡Mujer! ¿Qué has dicho? ¿El de la niña?...

ANTONIO

Eres una habladora. ¿Lo ves? ¡El de la niña!

PETRA

¡Señor! Yo... no se enfaden. No dije nada malo.

VICENTA

¡Eso crees tú! Anda, anda.

ANTONIO

Corre, lleva esas cartas, ¡habladora!

PETRA

Si yo hubiera sabido... Perdonen ustedes... Yo...

VICENTA

¡Calla, calla! (Sale Petra.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. LEST"  
1000-1625 MONTERREY, MEXICO

32728

## ESCENA III

Doña VICENTA, don ANTONIO y después ISABEL

VICENTA

¿Has oído?

ANTONIO

Tiene razón; ¡ella que sabía!

VICENTA

¡El de la niña! Demasiado sabe Isabel que no se retrató nunca; nos quedó esa tristeza más. Y ahora, al oír... con algo que ya sospechará, con la conducta de Andrés en estos días... Lo sabrá todo, lo sabrá todo. ¡Pobre hija mía!

ANTONIO

¡Chits! Aquí viene; que no te vea llorar.

ISABEL

¿No estaba Andrés con vosotros?

VICENTA

No. Creo que no está en casa.

ISABEL

¿Con quién habláis.

VICENTA

Con nadie.

ANTONIO

Sí, con Petra; la reñíamos por una torpeza.

ISABEL

¡Pobre! ¿Os dijo que yo la había enviado con una carta para el Padre Víctor?

VICENTA

No; no dijo nada.

ANTONIO

Sí nos lo dijo. ¿Qué tontería ocultarlo!

ISABEL

Cierto. Si ya sé que espíais todos mis pasos. No, si no me enfado; es natural; tenéis miedo. ¿Tan poca seguridad os han dado de mi curación? No tengáis cuidado. Estoy muy bien; pero si os dedicáis á observarme de continuo, por fuerza notaréis en mí cosas extrañas. Siguiendo los pasos á las personas que más cuerdas parecen, ¡cuántas rarezas observaríamos á cada instante! ¿No veis que al sentirme vigilada por todos, el mismo esfuerzo por mostrarme demasiado razonable me hace caer á veces en extravagancias? Quisiera que todas mis palabras y mis acciones fueran la cordura misma para inspiraros tranquilidad. Si parezco alegre os alarma mi alegría; si lloro os asusta que llore; no es que me queje de vuestros cuidados, pero, ¡por Dios! dejadme vivir libremente, que acabaré por recordar con pena aquella casa, aquella triste casa, donde á lo menos podía llorar y reír á mis anchas, sin que nadie me pidiera razón de mi llanto ni de mi risa, y no creáis que muchas veces tienen aquí más razón que allí risa y llanto.

ANTONIO

También son aprensiones tuyas. Cuidamos de ti como antes, como siempre; solo ahora te parecen enfadosos nuestros cuidados. Tú eres quien no tienes confianza en nosotros. ¿Qué deseas decir al Padre Víctor que no puedas decirnoslo antes?

VICENTA

¿Qué te ocurre, hija mía? No nos ocultes nada. Nadie primero que nosotros debe saber la causa de tu tristeza. ¿Es que ya no somos lo mismo para ti?

ISABEL

No, no somos los mismos. Ni vosotros ni yo. Vuelvo de muy lejos, como una muerta que resucita... Si yo quisiera saber nadie me diría la verdad.

VICENTA

Tu madre sí; pregunta. ¿Qué quieres saber?

ANTONIO

¡Mujer!...

ISABEL

¡No; calla, calla! ¡silencio! Lo que tú digas, no; verdades de este mundo, no. Vuelvo de muy lejos como una muerta; yo quiero verdades del cielo, verdades de Dios; solo con ellas pueden volver los muertos á juzgar á los vivos.

VICENTA

¡Hija mía! ¡Por Dios! ¿Qué dices? no estás buena...

ANTONIO

¿Quieres que llamemos al doctor? No te asustes, pero estás muy nerviosa. Algo te ocurre. ¿Qué ha sido? ¡Dímelo todo, hija mía!

VICENTA

¡Hija de mi alma! Sí, que venga el doctor. Vé tú mismo.

ISABEL

Sí, el doctor; yo también tengo miedo. Pero antes el Padre Víctor; quiero hablar con él, quiero oírle... Verdades del cielo, verdades de Dios. De los muertos solo vuelve el alma.

VICENTA

¡Hija mía! ¡Corre, avisa al doctor, no tardes!...

ANTONIO

Voy, voy... y Andrés no vuelve... *(Sale don Antonio.)*

## ESCENA IV

ISABEL y doña VICENTA

VICENTA

Vamos, hija mía; ahora estamos solas. Dime, ¿qué sientes? ¿qué te pasa? ¿porqué tienes miedo?

ISABEL

Tengo mucho miedo, como cuando era niña... ¿Te acuerdas? ¡Cuántas veces huyendo sin saber de qué, de

un fantasma imaginario, me escondía entre tus brazos, y tú para tranquilizarme me tapabas los ojos con las manos y decías como si hablaras con el fantasma amenazándole: «No está aquí mi niña, no está aquí mi niña, vete, vete», y tu voz bastaba á tranquilizarme, y con hipo de llanto y risa me abrazaba á tí más todavía!... Después, no eran fantasmas, realidades horribles han venido; la muerte, la locura llegaron, y aunque éramos dos madres para cerrarles el paso, la muerte se llevó a mi hija para siempre... la locura á la tuya para siempre también, para siempre. ¡Madre mía!

VICENTA

No digas eso, no; no lo pienses.

ISABEL

¡Sí, sí! No debí volver nunca con vosotros. Esta vida de ahora es mentira, la verdad no es posible. Soy la enferma á quien siempre se muestra cara alegre para que no sospeche su enfermedad. Todos mentís conmigo y yo también miento. No me atrevo á reír ni á llorar, ni me atrevo á preguntaros... y la imaginación aletea, como mariposa alocada, un recuerdo, una adivinación, un presentimiento... pero todo es locura, es mentira, para mí la verdad nunca, nunca, nunca...

VICENTA

Sí, hija mía, la sabrás aunque te cueste la razón, aunque te cueste la vida... Escúchame...

ISABEL

No, de ti no... Otra vez te digo que calles. En ti la

verdad sería acusadora, sería odiosa, y yo quiero que sea confesión de su alma. ¿Entiendes? Solo de su alma... Yo nada sé si él nada dice.

## ESCENA V

Dichos y ANDRÉS

VICENTA

¡Andrés! ¡Andrés! ven aquí. ¡Isabel!

ANDRÉS

¿Qué ocurre? ¿Porqué llora usted?

ISABEL

No te asustes, no es nada. Estoy muy nerviosa, quiero que venga el Padre Víctor y el doctor también, pero no es nada, es que tengo miedo.

VICENTA

¡Por Dios, Andrés! Tú solo puedes salvarla.

ANDRÉS

¿Pero qué sientes? Ven acá, dímelo todo... ¿Qué piensas? ¿Qué quieres?

ISABEL

Mi pobre cabeza; vuelven las ideas de antes... me asusta todo.

VICENTA

¡Mi pobre hija! Otra vez lo mismo. ¡Dios no tiene piedad de nosotros!

ANDRÉS

No; no puede ser. ¿Han avisado al doctor?

VICENTA

Sí, fué Antonio... También al Padre Víctor... No tardarán. ¡Por Dios, Andrés... mi hija! Isabel, dile á Andrés todo lo que sientes... dile porqué has vuelto á pensar en nada triste, porqué te asusta todo...

ISABEL

Tengo miedo, mucho miedo.

ANDRÉS

¿Miedo á qué?

ISABEL

A odiar, á ser mala, á desear, como antes, que todas las madres pierdan á sus hijos, que nadie tenga hijos, que todos lloren... No quiero pensarlo, que todos rían, que todos sean felices.

ANDRÉS

¡Isabel! Ven acá... Hoy estaba yo alegre...

ISABEL

Para ti hay alegría.

ANDRÉS

Y también para ti.

ISABEL

No, nuestras vidas se han separado. Vuelvo de muy lejos, nada nos une; tu compasión por esta enferma, nada más que tu compasión. Ni esposa, ni madre, ni

mujer siquiera. El espectro de una muerta querida que vuelve cuando su memoria es ya solo un recuerdo piadoso, sin calor y sin vida... ¡No, no os acerquéis, ni caricias ni abrazos!... ¡Rezad por mí!...

VICENTA

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánto tardan! No la dejes sola... voy á ver. (*Sale doña Vicenta.*)

ANDRÉS

¡Inspírame, Dios mío! ¿Sabe la verdad ó delira?... ¿Debo callar, ó debo confesarlo todo? (*Alto.*) ¡Isabel! ¡Mírame... dime la verdad, la verdad!...

ISABEL

¿La verdad? ¿Yo? Yo no sé la verdad... Sí, una sé, la verdad de lo que yo siento. He muerto y debo volver á enterrarme, ya sabes... allí, tan cerca y tan lejos; aquellas paredes separan como una losa sepulcral de los que viven, de los que pueden ser dichosos, los que aman y son amados; madres con hijos, esposos con esposas, la vida, la vida fuerte y sana... la vida cruel, implacable para los enfermos como yo, heridos en el cuerpo ó en el alma...

ANDRÉS

¡No, Isabel! Yo te quiero siempre, yo quiero que vivas á mi lado; sin un recuerdo triste. Esto pasará: estás nerviosa, estás triste, pero nada más. Vendrá el doctor y verás cómo te dice que estás buena. Nos iremos al campo, donde tú quieras, pero juntos... ¿Es que estás triste porque estos días no estuve siempre á tu lado? ¿Es que dudas de mi cariño?... Dime lo que sien-

tes, dime lo que quieres... Tendré que reñirte como á una niña caprichosa, sí, como á una niña.

ISABEL

¿Sabes tú cómo se riñe á los niños? Yo no lo sé. Murió nuestra niña... No es ella la que salta y juega y ríe por jardines alegres, vestida de color de rosa, como una muñeca grande, con sus bucles de oro, peinados á caricias por manos maternas... No es ella, no; no es la nuestra...

ANDRÉS

¡Isabel! ¡Por Dios santo! ¿Deliras ó recuerdas?

ISABEL

No es recuerdo, es un sueño... ¿Cómo se llamaba nuestra hija?

ANDRÉS

¿No te acuerdas? Carmen... Carmita...

ISABEL

¡Ah! Sí... Así la llamabas... la misma voz... el mismo nombre...

ANDRÉS

¡Isabel! Por su memoria, por su recuerdo... por la gloria en que esperamos hallarla... ¡dime la verdad!...

ISABEL

¿La verdad? ¿Tú crees que la verdad está en las palabras? La verdad está en el fondo de las almas... Ya sabrás la verdad... ¡Déjame ir, déjame ir!... Te digo que

no estoy buena, que tengo miedo de volver á odiaros, que vuelven la ideas horribles... ¡Dejadme ir... dejadme ir!...

## ESCENA VI

Dichos, doña VICENTA, después don ANTONIO, el PADRE VÍCTOR y el DOCTOR

VICENTA

Ya están aquí. ¡Gracias á Dios! El doctor Hernández y el Padre Víctor, todos juntos. ¿Cómo está Isabel? ¿Qué dice?

ANDRÉS

De nuevo su razón se extravía. ¡No hay esperanza!

VICENTA

¡Dios mío! Doctor, Padre; pasen ustedes aquí; pronto.

ANDRÉS

¡Isabel! El doctor, el Padre Víctor...

P. VÍCTOR

¡Hija mía!

ISABEL

¡Ah! ¡Padre! ¡Qué bondad! Pronto atendió mi ruego. Doctor, perdone usted; muy pronto volveré con usted para siempre.

DOCTOR

No, hija mía. ¡Qué aprensiones!

ISABEL

Sí, para siempre. Por eso antes quiero, necesito hablar con el Padre Víctor.

ANTONIO

¿Pero porqué no le dices antes al doctor?...

DOCTOR

No; es muy justo. No hay inconveniente, yo fío mucho en el Padre Víctor, es un santo de entendimiento.

P. VÍCTOR

Gracias. Perdona la ciencia si usurpo su puesto por breves momentos...

DOCTOR

No soy de los que niegan la eficacia de la medicina espiritual.

VICENTA

Vamos... Padre, en Dios y en usted confío...

ANTONIO

¿De modo que?...

ANDRÉS

Tiene usted razón, doctor, es para siempre. *(Salen todos menos Isabel y el Padre Víctor.)*

## ESCENA VII

ISABEL y el PADRE VÍCTOR

ISABEL

Ahora puedo decir la verdad; me oprimía, me ahogaba.

P. VÍCTOR

Ante todo, hija mía, tu cabeza está para razonar. ¿No sería mejor que el doctor supiera antes?...

ISABEL

¡Mi razón! ¡Está firme, entera! Crean que no... ¡Es tan fácil hacer creer que se está loco!... Usted también me mira con desconfianza; claro, todos los locos dicen lo mismo, que no lo están. No lo estoy, no; al contrario, todo lo que podía enloquecerme ha muerto en mí... pasiones de odio, de celos, de dolor... todo lo humano... Solo queda el alma... ¡Mi alma triunfante!

P. VÍCTOR

¡Hija mía!

ISABEL

No, no estoy loca, digo que no estoy loca... Óigame usted; solo usted sabrá la verdad...

P. VÍCTOR

¿En confesión?

ISABEL

En confesión...

P. VÍCTOR

Ya te escucho...

FIN DEL ACTO SEGUNDO